

PACO *Mir*

NEURAS DIARIAS



VIÑETAS Y TIRAS REUNIDAS

PACO MIR
NEURAS DIARIAS

Viñetas y tiras reunidas

© Paco Mir, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Las ilustraciones de las páginas 301, 302, 303, 304, 305, 306 y 307 pertenecen a: Mercè Puy, Carme Feliu y Paco Mir, *100 ejercicios de teatro en busca de alumno*, Barcelona, Thule Ediciones, 2022.

Las ilustraciones de las páginas 308, 309, 310, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318 y 319 pertenecen a: Paco Mir, *Ya me quejo yo por ti*, Barcelona, Comanegra, 2015.

Primera edición: marzo de 2023

ISBN: 978-84-9998-953-2

Depósito legal: B. 3.472-2023

Composición: María García

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

<i>Prólogo. El otro Paco Mir</i>	11
<i>Introducción</i>	15
Primera parte	21
Lo (casi) nunca visto	23
Cuadernos de pandemia (2020-2022)	105
<i>Interlogo</i>	151
Segunda parte	153
El Capital (1977)	155
Menudo viento (1978-1988)	169
Diario de Barcelona (1982-1987)	225
Los libros de mis amigos (1990, 2015, 2022)	291
Fauna teatral (1999-2010)	321
<i>Epílogo</i>	395
<i>Biografía</i>	397

LO (CASI) NUNCA VISTO



En este capítulo se amontonan dibujos publicados y no publicados cuyo único común denominador es que, hasta hoy, nunca habían sido recopilados. Los hay —pobrecitos— que jamás habían salido de la carpeta de «dibujos definitivos» y los hay —mucho más suertudos— que fueron publicados en revistas como *Interviú*, *Muchas Gracias*, *El Periódico*, *Cul de sac*, *El Jueves* y diré «entre otras» para camuflar mi absoluta amnesia sobre el listado real de mis publicaciones.

El estilo de mis primeros años es, por llamarlo de algún modo, variopinto, ya que dependía del dibujante que me obsesionara en cada momento. La mayor influencia es, sin duda, Mingote, a quien admiraba desde mi inmersión en *Historia de la gente* y a quien profesaba un cariño especial por una conexión con poco fundamento: él había nacido en Sitges y yo no, aunque veraneaba allí desde pequeño, que era casi como estar empadronado. Mingote me influyó como dibujante, como humorista sin palabras y como escritor, pues, como tantos humoristas gráficos, tuvo una importantísima carrera literaria a la sombra de sus dibujos diarios: fue guionista, dramaturgo y académico de la lengua. No está nada mal para un

humorista con tantos chistes sin palabras. Nunca le conocí personalmente, pero muy poco antes de que dejase de publicar (y, por extensión, de vivir), conseguí hacerle llegar mi incunable de *Historias de la gente* para que me lo dedicara y lo hizo sin necesidad de decirle que los dos éramos de Sitges. El único autógrafo que recuerdo haber pedido.

En plena adolescencia, a través del pequeño Nicolás de Goscinny, descubrí a Sempé, de quien tengo el segundo único autógrafo que recuerdo haber pedido. Sempé y Goscinny, cada uno en su campo, son otras dos de mis influencias fundamentales. Como Frankin y sus dibujos negros, el humor desmadrado de Gotlieb, la delicadeza de Quino, la línea clara de Moebius o la luminosidad de Mordillo, un dibujante de quien aprendí —y eso sí que creo que lo hago muy bien— a colorear con acuarela líquida. A Mordillo le conocí en una exposición antológica que se le dedicó en Barcelona. Uno de los muchos días que fui a verla, le estaban haciendo una entrevista. Esperé a tenerle a tiro, cogí fuerzas y me atreví a decirle que yo era un simple aprendiz que le admiraba muchísimo.

—¿Aprendiz? —me dijo sonriente—. ¿No lo somos todos?

Es una de esas frases que conviene recordar de vez en cuando.

En aquellos años, cuando no había dibujante al que no me quisiese parecer, irrumpieron en los quioscos nacionales *El Papis* y *Barrabás*, dos revistas de humor gamberro donde brillaba otro vecino de Sitges: Gin, un dibujante excepcional con un dominio arrollador de la caricatura y la ténpera a quien tomé inmediatamente como modelo. Muchísimos años más tarde, siendo Gin director de *El Jueves*, cogió de la bandeja de entrega un dibujo que yo acababa de dejar, lo estudió como un tasador y, mirándome por encima de sus gafas a media asta, me soltó un «esto está bien dibujado...» que me supo a gloria.

Cada dibujante tiene un estilo y ese estilo, según una experiencia general contrastada, no es el que le gustaría tener. Uno llega hasta donde puede. Los que tienen un estilo recargado preferirían

ser capaces de comunicar lo mismo con cuatro trazos y los que con cuatro trazos consiguen capturar la atención del lector querrían ser virtuosos. Ni unos ni otros saben cómo cambiar de estilo. Como siempre, uno desea lo que no tiene.

A mí me hubiera gustado conseguir lo que lograban Sempé, Cesc o Perich con sus cuatro trazos, pero, por mucho que lo intentaba, no era mi estilo. ¿Y cuál era mi estilo? El variopinto: una mezcla de todos. Siempre con la voluntad de simplificar porque, al fin y al cabo, lo que de verdad importa en un chiste es su mensaje o, para ser más exactos, el equilibrio entre el contenido y el continente, entre el mensaje y el dibujo. Me explico: de nada sirve un dibujo virtuoso si el chiste no hace gracia y de poco vale una frase ingeniosa ilustrada con cuatro trazos sin alma. Pero simplificar no es tan fácil, simplificar no es ser vago, hay que saber hacerlo, hay que tener eso tan etéreo llamado tono, ese algo que te susurra cuando has de parar de añadir líneas, ese séptimo sentido que evita cruzar la frontera que lleva al exceso y, en consecuencia, al desequilibrio... Leído de un tirón, parece que sepa de lo que estoy hablando, pero tampoco habría que hacerme demasiado caso.

Mis primeros chistes tendían al humor negro. ¿Por qué? No lo sé. La única explicación que se me ocurre con tanta perspectiva temporal, además del recurrente pesimismo adolescente, es la influencia del creador de la familia Addams, Chas Addams, a quien descubrí en unos reportajes sobre ilustradores internacionales que publicaba semanalmente una revista tan sesuda como *Destino* y que seguramente aún conservo en una de esas carpetas que tengo que ordenar desde hace cuarenta años.

El paso por el *TBO* y la colaboración con los *Quatricomía-4* para crear los habichuelos facilitó mi transición a un estilo menos elaborado. Era pura necesidad, simplemente teníamos que dibujar muchísimas páginas entre tres (en ese momento Joan Tharrats solo era guionista) en muy poco tiempo. De esa época, en la que los números siempre se cerraban al límite, son las páginas con apenas

dibujos: las historietas en blanco protagonizadas por el hombre invisible, las historietas a oscuras porque a los personajes se les había ido la luz o las páginas, casi a modo de *storyboard*, en las que un personaje de línea clara desarrollaba una historia sin palabras tal como la haría un mimo; una premonición, porque en esa época mi horizonte laboral se ceñía al dibujo.

Mi primer chiste publicado en una revista «seria» —o no de humor— fue para ilustrar un artículo de Adolfo Marsillach en *Inter-viú*. Otra premonición, porque yo le admiraba como actor y como autor después de haber visto una serie de televisión que hoy en día aún se aguanta perfectamente: *Silencio, estrenamos*. Y si Marsillach es una de mis referencias es porque un historietista no deja de ser un dramaturgo en pequeño; sus obras, en vez de durar noventa minutos, duran el tiempo en el que se tarda en leer una página, pero, a pesar de ello, tienen que seguir las mismas leyes que siguen los buenos guiones: una introducción clara, un buen nudo y una resolución contundente por las que circulen unos personajes creíbles. Muchas de mis páginas del *TBO* tienen un carácter teatral, son personajes que se dirigen directamente al lector explicando sus vidas a la manera de Jules Feiffer, otra influencia que, por cierto, engrosa la lista de dibujantes dramaturgos...

Se dice que un humorista siempre hace el mismo chiste. Pues vale, pero también se podría decir que se dicen muchas cosas. En cualquier caso, repetición, reiteración o nueva vuelta de tuerca sobre el mismo tema: cualquier artista quiere o mejorar lo que ya hizo o simplemente darle una segunda vida, que es el caso de alguno de los chistes de mis primeros años que, publicados o no, tuvieron una segunda oportunidad en el escenario. Pero este tema es de otro libro...





2.11-6







